



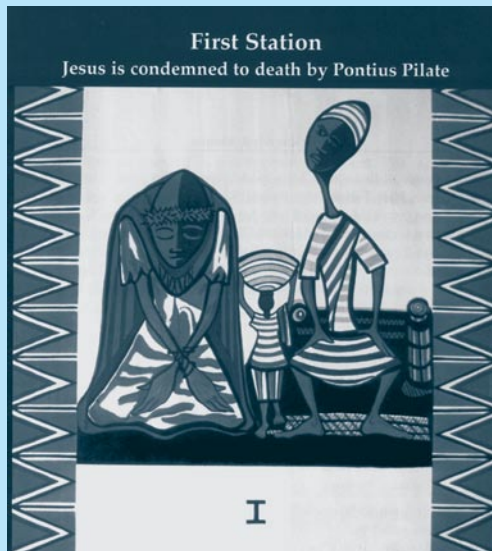
Autor: Joel Adolfo Cañas. Pintura ganadora del 1er. Concurso y Exposición del Arte de los Prisioneros, año 2003.

Pasión y Muerte de Jesús

Historia y Sentido

Pedro Trigo s.j.*

Los cristianos de todos los tiempos han coincidido en valorar la pasión y muerte de Jesús como altamente significativas, más aún como la plena revelación de su vida, su propuesta y su persona.



I. QUIÉNES MATAN A JESÚS Y POR QUÉ LO MATAN

El crucificado no muere como víctima

La muerte de Jesús no hubiera sido significativa, si hubiera muerto como una víctima, ya que entonces no revelaría nada de su persona sino se limitaría a atestiguar la conocida crueldad de la historia. Sí murió como víctima en el sentido de que lo ajusticiaron en contra de su voluntad e injustamente. Pero no murió como víctima porque los victimarios no lo redujeron a la condición de mera contracara de ellos. En este sentido antropológico, el agresor, deshumanizado por entregarse al demonio de la violencia que lo lleva a quitar una vida humana, deshumaniza también a la víctima al reducirla a un ser poseído por el terror. Jesús no fue víctima en este sentido ya que vivió su pasión y muerte desde sí mismo, como máxima actuación de su libertad y por eso como máxima revelación de su persona.

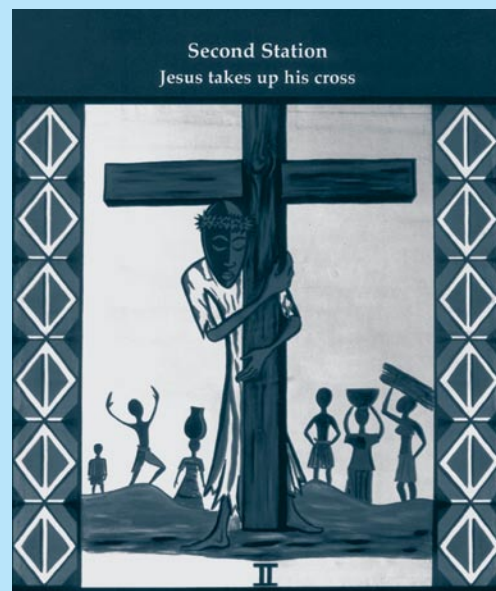
Éste es el sentido del acontecimiento de Getsemaní tal como lo relatan los sinópticos, que el cuarto evangelio presenta en otro contexto y atenuado (12,27-32), y que Hebreos atestigua patéticamente (5,7-9). Jesús, enfrentado a su destino, se siente presa de una angustia y tristeza mortales, tanto que pide a su Padre que pase de él ese cáliz; pero en definitiva se entrega a cumplir su designio, es decir acepta su destino desde su condición de Hijo, que incluye la entrega a sus hermanos que rechazan su fraternidad, como expresión del amor incondicional del Padre. Así su pasión será la expresión extrema de su misión y de su persona.

Como el desenlace de Jesús es pasión, como la iniciativa de su destino la llevan otros, y lo que él hace es no vivirla reactivamente sino desde su autenticidad, para entenderla no po-

demos comenzar preguntando cómo la sobrevive y cómo muere sino preguntándonos por los causantes de su pasión, por sus móviles y por las razones alegadas por ellos para dar a su crimen visos de legalidad.

No Mesías político, pero sí Señor

Un dato absolutamente seguro es que muere crucificado. También es verosímil el título de la cruz, que es su sentencia: “rey de los judíos” (Mc 15,26). La cruz era, en efecto, el castigo romano contra los que se levantaban en contra de la seguridad del Estado, si no eran ciudadanos romanos. Los romanos tienen la última responsabilidad y por tanto no puede dejarse de lado el motivo político de su muerte. Sin embargo no hay una sola indicación en las fuentes que lleve a pensar que Jesús se hizo directamente sospechoso a los romanos. Si ello hubiera ocurrido, éstos no habrían contado con las autoridades judías



para detenerlo. Es por tanto innegable que la iniciativa de la detención la tienen las autoridades judías, y son éstas las que venden con éxito al procurador la idea de la peligrosidad de Jesús.

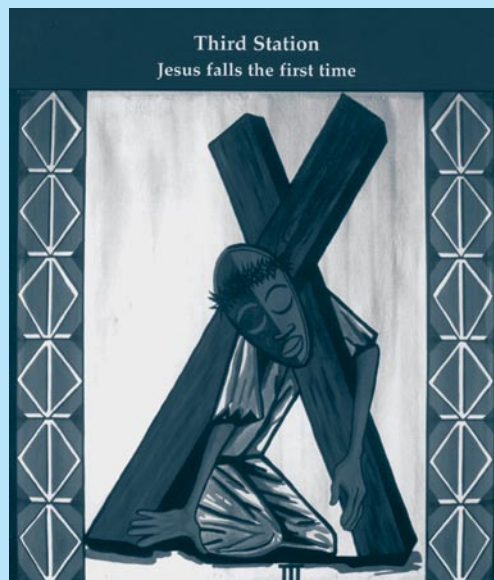
Así pues, la conflictividad real de la vida de Jesús se desarrolló en su propio ámbito judío; aunque ese conflicto fue facturado como político y remitido por tanto al ámbito romano

imperial, quien dictó y ejecutó la sentencia. No había otro modo de quitarlo de en medio, si es cierto que los judíos no tenían el derecho de ejecutar (*ius gladii*), cosa que es controvertida, tanto en las fuentes cristianas como en la investigación actual. Para referirnos a las fuentes, el cuarto evangelio sostiene que no (18,29-32; aunque 8,4-7 supone lo contrario) mientras que los Hechos presentan al sanedrín condenando a muerte y lapidando a Esteban (6,12-7,1,54-60) y a Herodes decapitando a Santiago (Hc 12,2).

Es cierto que las fuentes tienden a exculpar a los romanos, y más aún a limpiar del estigma de sedición al Señor de los cristianos. Y por tanto tienden a comprender la sentencia como una debilidad del procurador que cede a las presiones de las autoridades judías, a pesar de no encontrar pruebas de la peligrosidad del reo. Esta tendencia es explicable por lo a contracorriente que se presentaba en el imperio romano una misión religiosa cuyo polo de referencia era un crucificado.

Sin embargo esta reticencia de las fuentes puede alegar un motivo más interno: el convencimiento de los discípulos tras la Pascua (y por tanto de los evangelistas y en general de los cristianos) de que en efecto su Señor no tuvo pretensiones de Mesías político. Para ellos la prueba más clara de que no es Señor como los señores políticos es que rehusó el uso de las armas, porque no quiere tener súbditos sino seguidores voluntarios (Jn 18,36-37). En este sentido sí alegan con verdad que el título de la cruz no hace justicia al Crucificado. También es verosímil que Pilato, del orden ecuestre y conocedor por tanto del mundo militar, se hubiera percatado a simple vista de que Jesús no era de ningún modo un peligro militar.

De todos modos hay que reconocer que la densidad de su señorío sí relativiza el señorío político, y esto era más inaceptable para el imperio que la pretensión político-militar de un oscuro provinciano. El emperador, como símbolo del imperio, era Salvador y Señor. Estos títulos tenían un contenido absoluto: exigían una sumisión incondicional. Para los romanos cabían otros señores, pero subordinados. Esto significa que su condena, en el fondo, no fue un error, porque la misión de Jesús sí tenía una di-

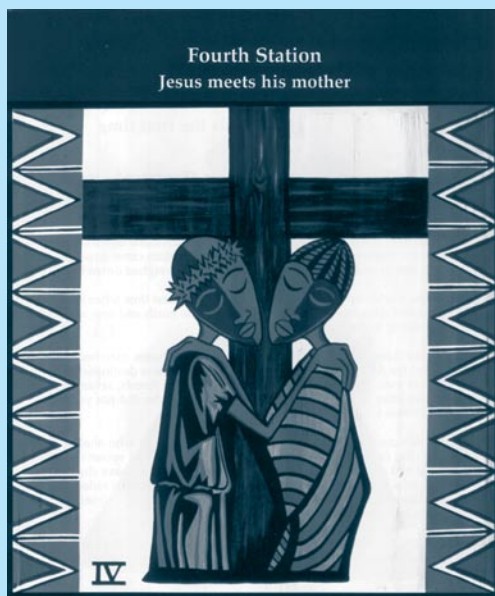


mensión política, consistente en relativizar al Estado y sus símbolos y personeros. Y la prueba más clara es la persecución sistemática a los cristianos en cuanto el cristianismo tuvo una visibilidad social.

La insoportable autoridad de Jesús

Pero ya hemos dicho que los romanos no captaron el peligro de Jesús. Fueron las autoridades judías las que se lo entregaron. ¿Por qué juzgaron éstas que Jesús debía morir? El incidente que precipitó su suerte tiene que ver con palabras suyas sobre la destrucción del templo (Mc 13,1-2;14,58; Jn 2,19-21) y con un hecho suyo que incluyó alguna perturbación del orden en las dependencias del templo donde estaban los que cambiaban la moneda romana por la que mandó acuñar Salomón y donde se vendían las víctimas para los sacrificios (Mc 11,15-18; Jn 2,13-16). Este incidente tuvo que haber sido muy pequeño en su materialidad, ya que, si no, lo habría impedido la guardia del templo, y en último término los romanos que dominaban todo desde la torre Antonia. Pero las autoridades captaron que impedir que se cambiara moneda y que se transportaran animales equivalía a impedir que funcionara el templo: era nada menos que su destrucción simbólica. Esta amenaza profética equivalía a un sacrilegio, si a quien la llevaba a cabo no se le reconocía autoridad para hacerlo. Así pues, ese acto no fue, como lo concibe la interpretación tradicionalista, una purificación del templo. La última purificación había tenido lugar en tiempo de los macabeos (2Ma 10,1-8) y las anteriores las habían llevado a cabo Josías (2Re 23,4-12) y su bisabuelo Ezequías (2Cro 29). Los romanos habían respetado el templo para no irritar a los judíos y por tanto no se adoraban en él a dioses extraños. La acción

de Jesús tendría que ver con la amenaza de Jeremías (Jr 7): Dios destruirá el templo porque se había convertido en una cueva de delincuentes. El sentido es que el templo se utiliza para pagar la tarifa correspondiente al pecado cometido y no tener así que convertir-



se. La alternativa de Dios no es purificar el templo sino la inmediatez de Dios a cada israelita que hace superfluo el templo y el rabinato (Jr 31,31-34).

Era claro que la aristocracia sacerdotal no le reconocía esa autoridad a Jesús (Mc 11,27-33). La prueba de que ese incidente fue la gota que colmó el vaso, es que los autores de su arresto son los guardias del templo (Mc 14,43; Jn 18,3). Es la aristocracia sacerdotal la que en la noche en casa de Anás (Jn 18,12-24) o Caifás (Mc 14,53), adonde conducen a Jesús, prepara la sesión que en la mañana tiene lugar en el sanedrín, donde lo interrogan y condenan y deciden remitirlo a Pilato. Lo más probable es que no haya sido una sesión oficial sino la instrucción de su expediente y la decisión de acusarlo ante el procurador romano.

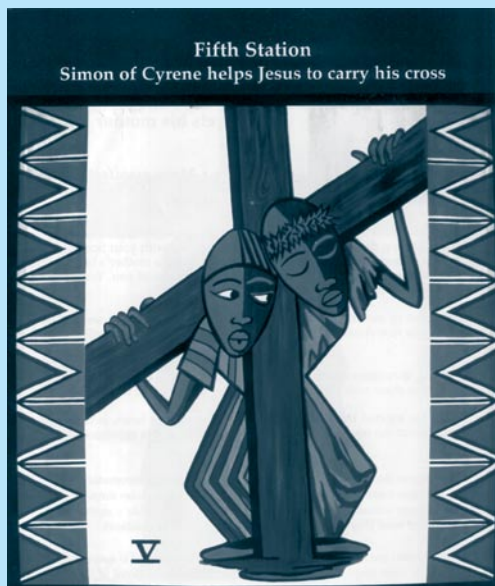
La acusación a Pilato no tiene por qué coincidir con la causa por la que ellos deciden acusarlo. Esta causa sería la del Deuteronomio (13,1-6;18,9-22): Jesús sería un falso profeta que seduce al pueblo. Esta acusación

genérica tenía la ventaja de incluir lo que a cada grupo escandalizaba de Jesús, y además, retocada políticamente, podía servir también de base para la acusación ante el gobernador.

Para la aristocracia sacerdotal la cuestión de fondo es que Jesús silencia al templo como vía de acceso a Dios. Y es verdad que no hay ni una sola palabra ni una acción de Jesús que relacione el templo con el Reino, que es el centro de su proclamación. Cuando dice al leproso que vaya a presentarse al sacerdote (Mc 1,44), hay que entenderlo como muestra del realismo de Jesús que sabe que sin la cédula del sacerdote no va a ser recibido por temor al contagio. Vemos a Jesús en el templo porque allí se reúnen los judíos. Es decir que, hasta en el templo, Jesús desplaza al propio templo. No hay motivo para pensar que no cumpliera con él, pero ciertamente que actuaba como si él mismo fuera el lugar de encuentro personalizado y definitivo del pueblo con Dios. Sus palabras sobre la destrucción del templo y su acción simbólica en él, interpretadas sobre este trasfondo, dieron pie para esta acusación ya que ellos no se abrieron a su autoridad.

Ahora bien, no lo hubieran matado, si el pueblo no la hubiera reconocido y no se hubiera ido tras él. El que, como subrayan todas las fuentes, no quisieran actuar contra Jesús en la Pascua por temor al pueblo, indica lo profundo del peligro. Es decir que, más allá de las causas alegadas, el motivo que los indujo a acabar con él fue su capacidad de convocar al pueblo. Esto lo podemos afirmar porque conocemos de alguien que hablaba en el templo contra el templo y, como no tenía ninguna influencia, lo dejaron de lado. Desde este horizonte es perfectamente verosímil la sesión que pone el cuarto evangelio en la que deciden acabar con Jesús (Jn 11,47-53). Ésa habría sido la sesión formal, y la de la noche del jueves o la mañana del viernes no habría pasado de una reunión oficiosa de un grupo para echar a andar lo ya decidido intentando sustentar jurídicamente su decisión con la presencia del reo y de acusadores.

A los maestros de la ley fariseos y en general a ese partido la figura de Jesús les tenía que parecer más ambivalente que a la aristo-



cracia sacerdotal y al resto de los saduceos. Algunos dichos e inclinaciones de Jesús no estarían muy distantes de algunas corrientes dentro de ese movimiento, sobre todo la de Hillel. Sin embargo, sus comidas con publicanos y pecadores, su desapego respecto de tradiciones, en el sentido técnico de la Torá no escrita, e incluso el que no invocara la Torá escrita (sólo lo hace en sus discusiones con ellos), como si sus dictámenes, prescripciones y actuaciones salieran de sí mismo, como si su vida implicara y comprometiera al propio Dios, todo eso era incompatible con todos los grupos fariseos, y si en unos provocaba perplejidad y sospecha, en la mayoría éstas acabaron por decantarse como manifestaciones de falso profeta que seducía al pueblo apartándolo del camino que Dios había pautado a través de la tradición.

Todo puede resumirse en la disputa por el sentido de la pureza, que totalizaba la ley no escrita. Ser un pueblo consagrado a Dios tenía que manifestarse en toda la vida: había un modo de vivir cada aspecto de ella que los distinguía de los demás pueblos. Así como Dios era Santo, es decir separado no sólo del mal sino de lo profano y de los profanos, así ellos debían mostrarse como santos separándose de los usos comunes y de los paganos. Jesús interpretaba la pureza de modo opuesto: Dios en él se acercaba incondicionalmente a todo el pueblo, empezando por los excluidos: los pobres y los tenidos como pecadores públicos. Lo propio del que aceptara su propuesta era distinguirse, no por esos usos de pureza legal o ritual sino por una misericordia como la suya. Frente a la separación, acercamiento incondicional; frente a una voluntad de Dios minuciosamente objetivada, la propuesta de crear el

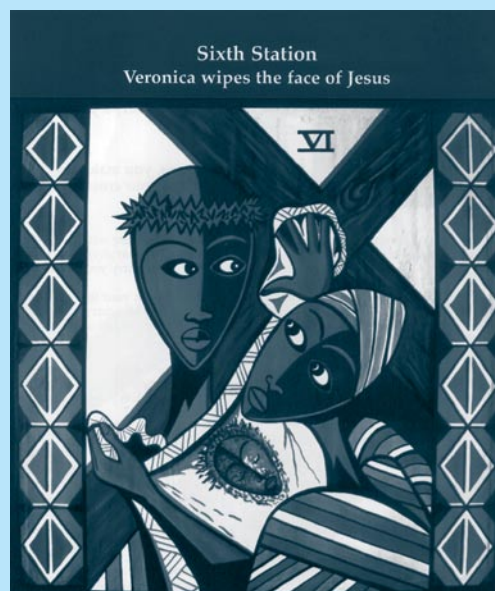
mundo fraterno de los hijos e hijas de Dios. Eran dos direcciones en extremo distantes, si no irreconciliables. Eran y siguen siendo, ya que el fariseísmo cristiano es una dirección que no pocas veces ha prevalecido en la Iglesia.

II. CÓMO VIVIÓ JESÚS SU PASIÓN Y MUERTE

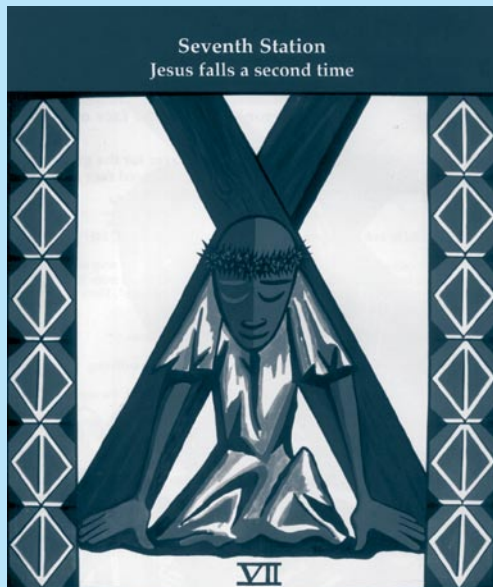
Sin caer en sicologismos, las fuentes nos permiten acceder, en algún grado al menos, a lo que pensaba Jesús sobre su posible destino.

Jesús previó que lo iban a matar

En primer lugar, si no pensamos que Jesús era un entusiasta o un iluso, tenemos que reconocer que pudo disponer de indicios que lo llevaban a prever que la oposición de los dirigentes se iba haciendo sistemática, es decir que era fruto de una toma de posición sobre su persona y misión. Jesús pudo llegar



a concluir que no sólo no se habían convertido a su propuesta del Reino sino que la resistían en nombre de sus tradiciones sacralizadas. Él se sabía portador del designio de Dios sobre su pueblo, más aún tenía conciencia de ser el último enviado, el definitivo. Y ellos, absolutizando propuestas anteriores e incluso desviándolas de su intención

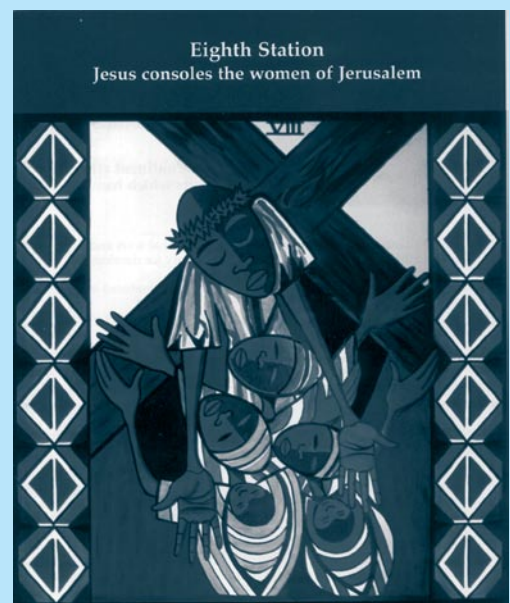


original, se habían cerrado a esa propuesta actual de Dios. No les interpelaba su vida de convocar al pueblo sobrecargado y abatido, como ovejas sin pastor, y de buscar lo que se había perdido, porque la misericordia no era la actitud que los definía.

Jesús sabía que él no procedía de ningún círculo de poder ni había recibido de ellos la autoridad. Él se presenta al pueblo por su cuenta. No pide permiso ni piensa que alguien pueda negárselo. Tampoco se presenta directamente como alternativa de las autoridades, por el contrario, asiste como israelita piadoso a la sinagoga y al templo, y nadie lo acusa de quebrantar ningún precepto, a no ser el del descanso sabático al curar, al parecer de preferencia, en esos días. Pero su autoridad, que el pueblo captaba y de la que él tenía conciencia, lo coloca objetivamente en una situación independiente de las autoridades y por tanto en último término sobre ellas. Eso significa que, como actuaba públicamente, si ellas no lo reconocían, al menos tácitamente, el conflicto era inevitable. Algún tipo de reconocimiento se dio: por eso pudo actuar con libertad, incluso en las sinagogas y el templo. Al menos durante cierto tiempo, vieron algunos indicios de que era de Dios y no pudieron encontrar otros para desautorizarlo. Pero como su prestigio iba en aumento y su actividad no cesaba, se hacía necesaria una toma de postura. Hubo investigaciones, lo anduvieron observando, no pocos con ánimo hostil, es decir para encontrar motivos para desautorizarlo. Hubo discusiones públicas. Los roces iban creciendo. Parece que en algún momento se dio la ruptura. Jesús tuvo que comprender que al fin acabarían con él.

Padeció según las escrituras

¿Cómo entendió Jesús este conflicto y su posible desenlace? Lo leyó en las Escrituras. Por eso pudo proponerlo a los apóstoles como algo que estaba anunciado. Esto no significa de ningún modo (y sin embargo suele ser la lectura habitual) que Dios quería que muriera. En primer lugar las Escrituras no hablan directamente de Jesús. Hablan de la relación de Dios con su pueblo y de la manera como reacciona el pueblo, o por mejor decir sus representantes, a los designios de Dios. Pero en todo caso los designios de Dios son siempre de vida y salvación. No se puede admitir que Jesús nació para la inmolación victimal, porque su Padre lo destinó a eso, y que su vida fue un camino consciente hacia la in-



molación. El apunte de la parábola de los viñadores homicidas, de que el dueño de la viña, después de enviar a sus siervos, decidió enviar a su hijo único pensando "a mi hijo respetarán" (Mc 12,6) refleja lo que Jesús pensaba del designio de su Padre sobre él. De modo más general no se puede admitir que Jesús vivió actuando un guión escrito de antemano por Dios, pues en ese caso su existencia no sería histórica, es decir no se iría haciendo, como nosotros, en los acontecimientos.

Jesús vino para hacer presente el Reino como don incondicional de Dios, como gracia. Esa misión le daba la identidad de evangelista. Esa misión y esa identidad permanecieron a lo largo de su vida ya que el evangelio de que era portador no era condicionado. Así pues, al comprender que el rechazo de los jefes era tan radical que conspirarían para acabar con él, Jesús tuvo que sentir una gran

tristeza (Lc 13,34;19,41-42;Mt 23,37). Además tuvo que preguntarse cómo se realizaría entonces el designio salvador de Dios, que de buenas a primeras parecía frustrado (Lc 7,30-35).

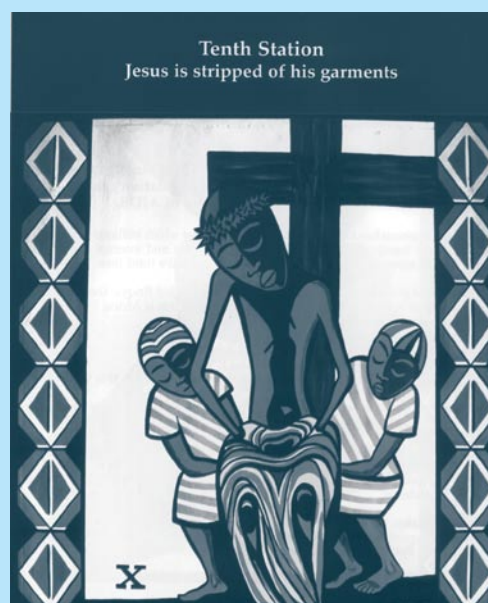
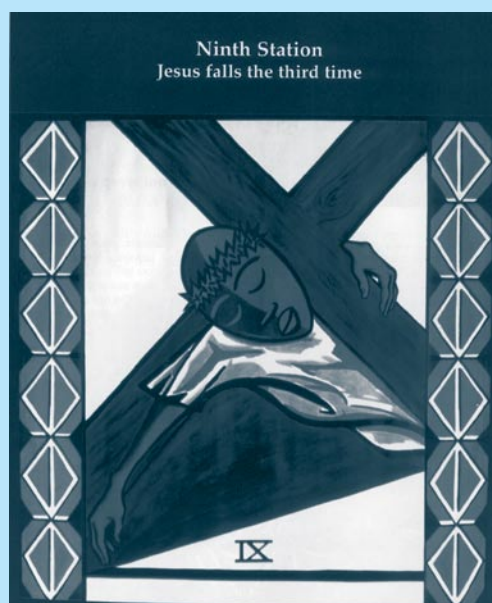
Es verdad que Jesús podía entender su destino, comparándolo con el de los anteriores enviados de Dios. Una corriente judía posexílica había llegado a la conclusión de que el destino trágico de la nación se debía a que había sido un pueblo de dura cerviz que se había obstinado en desoír la voz del Señor y perdurar en su extravío (Neh 9,26; Esd 9,10-11; 2Re 17,7-20; Jr 25,1-13; Za 1,1-6). Él descubre en esa corriente un destino histórico de rechazo, sufrimiento y muerte, que lee como designio de Dios, en el sentido

de Dios que instauraría su reino? ¿Cómo habría entendido esa intervención? ¿Cómo una demostración imbatible de poder que acabaría con las instituciones, las estructuras y todo el ordenamiento vigente? ¿Cómo un ajuste de cuentas con cada quien? ¿O simplemente no sabía? (cf Mc 9,1;13,30-32)

Jesús había vivido dando de sí, había estado en el mundo con una actitud servicial. ¿Pudo haber llegado a pensar que también su muerte lo fuera? ¿Cómo podía serlo? ¿Qué podía significar dar la vida por sus enemigos, por los pecadores, por todos?

El misterio de la cruz

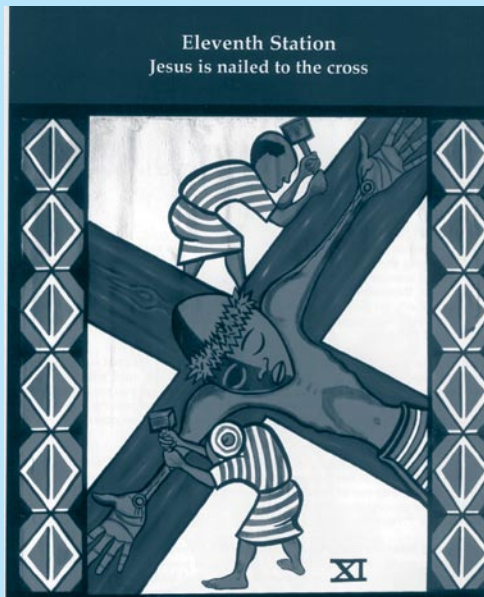
En primer lugar, si Jesús puede celebrar su despedida (Lc 22,14-18), es que pensaba



de que él no interviene para cambiar el curso de los acontecimientos. Jesús lee la historia como la había leído esta corriente y como la globalizaron a partir del destierro los últimos redactores de la ley: el pueblo y sobre todo los jefes quieren deshacerse de los enviados de Dios (Mt 23,29-31.37; Lc 11,47-51;13,34; Mc 12,1-12). Jesús contempla en esta constante la suerte que le espera. Pero él tiene conciencia de ser el último enviado (Mc 12,6). Y él no vino, como imaginó el Bautista que sería el que tenía que venir, es decir para juzgar, sino para salvar lo que estaba perdido, porque él era portador de la misericordia de Dios (Mt 9,10-13; Lc 15). ¿Habría que pensar que Jesús se habría sumido en la perplejidad? ¿Habría que entender en este marco su decisión irrevocable de subir a Jerusalén? (Lc 9,51).

¿Pensaba Jesús como los apocalípticos que se iba a acabar este eón con una intervención

que la muerte inminente no era el final de todo. Si él está firmemente convencido de que estará con sus discípulos celebrando el banquete del Reino, es que cree que la última palabra la tiene el Dios del Reino, que la muerte no es un límite al poder de Dios y que su vida de anunciador del Reino será acogida por Dios porque pertenece a Dios y es interior al Reino. Por eso puede brindar, porque aunque es la última copa en este mundo, él espera con firmísima esperanza que seguirán brindando por siempre en el Reino. Él no sabe cómo acontecerá; pero está tan seguro del desenlace que puede brindar no sólo con el vino sino brindarles su vida, que eso significa su cuerpo y sangre (Lc 22,19-20). En ese banquete no sólo se pone en manos de Dios sino que se entrega a ellos. Tiene ese poder, esa libertad, ese amor. Y eso, en la noche en que lo iban a entregar y a abandonar. Ése es el símbolo de toda su



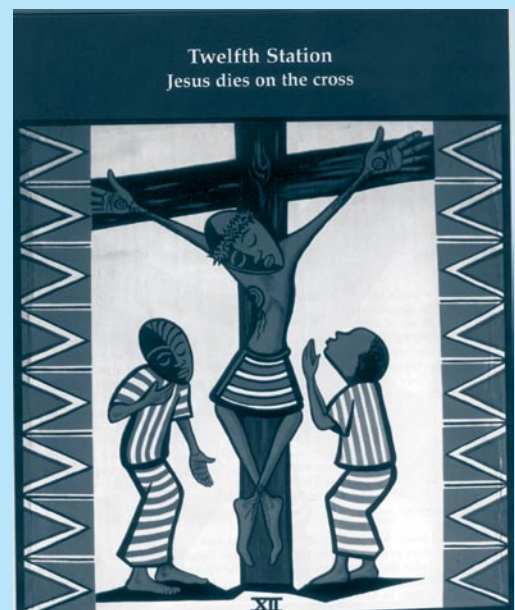
existencia, entregada a ellos. En esa entrega servicial consiste su señorío (Lc 22,27; Jn 13,12-17).

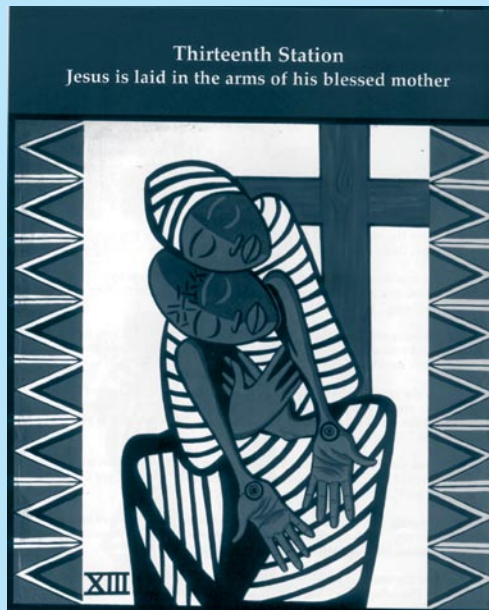
En segundo lugar, si aceptar que el designio de Dios pasa por su muerte le cuesta tres horas de oración agónica, eso significa que el que Dios no interviniera para autenticar a su testigo fiel y dejara que siguiera el curso de los acontecimientos no era algo que él tuviera previsto y asimilado sino por el contrario algo que contrariaba sus expectativas y su voluntad. Apocalípticamente lo pudo comprender como la hora en que mandan las tinieblas (Lc 22,53), la hora en que el mal parece prevalecer sobre el bien, la mentira sobre la verdad, la muerte sobre la vida. Jesús aceptó la impotencia de Dios, que era como su invisibilidad, como su negación, como su derrota y como el triunfo de la inhumanidad y del ídolo de la religión. Por eso se muere Jesús de tristeza: él no ha podido culminar su misión porque los viñadores, es decir los dirigentes, no han permitido que él recogiera los frutos de la viña del Señor. Pero él la acepta sabiendo que no es el final de todo sino el tránsito hacia el final que está en las manos de Dios, que él sabe de salvación, para él y para su pueblo, aunque no sepa cómo.

En tercer lugar él, como indicamos al comienzo, no se resignó al papel de víctima que le habían deparado. Él vivió su pasión desde sí mismo, llevando al extremo la actitud con la que había vivido: en primer lugar compartiendo la suerte injusta de los pobres y despreciados, llevando con ellos la carga que sin piedad echaron sobre él los dirigentes, y en segundo lugar perdonando a sus enemigos, venciendo al mal con el bien, como el Padre hace salir el sol sobre buenos y malos y manda la lluvia sobre justos y pecadores, es decir

como Hijo del Padre. En la palabra al crucificado que pone Lucas en sus labios está expresado el sentido de su solidaridad con los crucificados de la tierra: ellos estarán con él en el Paraíso. Esa representación de Lucas expresa la confianza en su Padre con la que muere Jesús llevando al pueblo crucificado en su corazón. Pero además en la otra palabra que pone Lucas, la petición de perdón por los que lo matan, está representada esa libertad suprema con la que muere Jesús: morir perdonándolos significa dar su vida por los pecadores confiando que en ese acto suyo queda comprometido Dios.

Pero, en cuarto lugar, esa muerte misericordiosa y confiada se realiza en el abandono de Dios, es decir con la figura de un sedicioso y un maldito, de un falso profeta que estaba seduciendo al pueblo, apartándolo de la alianza con Dios, con la figura de un derrotado que muere en la tortura frente a la irrisión de sus enemigos. Ya hemos dicho que Jesús no se reconoce en esta figura pública, pero aunque sea así, muere sin ningún signo de que Dios sí lo reconoce. Es terrible que Jesús haya muerto con un grito desgarrador. Para los espectadores o para los lectores de los dos primeros evangelios este grito puede ser interpretado como de amargura, frustración o rebeldía. Lucas interpreta el grito





como la única posible relación con Dios en ese trance supremo, es decir como el modo de continuar relacionándose con él. Jesús muere remitiendo a Dios ese abandono sentido. Muere en la fe, en la esperanza sin signos. Es decir, entregándose en las manos impalpables del Padre. Así se consume como Hijo.

III. SENTIDO DE LA MUERTE DE JESÚS

Los cristianos, al buscar un sentido a la cruz, no se diferencian de cualquier ser humano ante sus propios sufrimientos, los de sus seres queridos o las tragedias de la historia. Pero buscar sentido no puede llevar a paliar el escándalo de la cruz, la de Jesús y la de los condenados.

Una muerte sin sentido

Hay acciones que no arrojan luz sino tinieblas, porque son deshumanizadoras. No se debe paliar esta brutalidad de las acciones humanas porque, si neutralizamos su carga deshumanizadora, se seguirán cometiendo sin resistencia y contaminarán la historia de opacidad inhumana. Si para algo debe servir la fe es para mirar de frente el pecado del mundo y la propia complicidad en él. El pecado pare la mentira, el ocultamiento, y así puede matar impunemente. El que mataran a Jesús es lo más negativo de la historia. Como tampoco tiene sentido que tantos millones de personas mueran hoy de hambre y de enfermedades de pobres y estén excluidas de los bienes civilizatorios y culturales y de la participación, en esta figura histórica. Hablar de costo social, de flexibilización del mercado de trabajo o de inmigración selectiva y controlada no es decir razones sino

enmascarar realidades brutales que sacrifican a la mayoría para que los privilegiados mantengan a flote su sistema.

Así pues, el que Jesús muriera ejecutado por una sentencia de un tribunal imperial acusado por las autoridades de su pueblo no tiene ningún sentido, es una terrible injusticia. Otra cosa es el sentido del modo de vivir el propio Jesús su condena y del modo como Dios reaccionó ante ella. De ese mal ambos sacaron bienes. Pero esos bienes no redimen ese acto tan pésimo. Sí pueden redimir a sus autores, si se animan a reconocer su brutalidad y a pasarse al camino de Jesús.

Es crucial no abolir el sin sentido porque, si duele que al más hermoso de los hijos de los hombres lo hayan quitado del medio se conservará la sensibilidad alerta para que no siga sucediendo. El que tantos millones de personas mueran abaleados por la policía o por violencia horizontal o por enfermedades de pobres, significa que nos hemos anestesiado respecto de su radical iniquidad. Muchísimos seres humanos mueren antes de tiempo. Eso no puede justificarse por nada del mundo. Por tanto tenemos que erradicarlo. Pero no lucharemos porque así sea, si no nos causa horror.

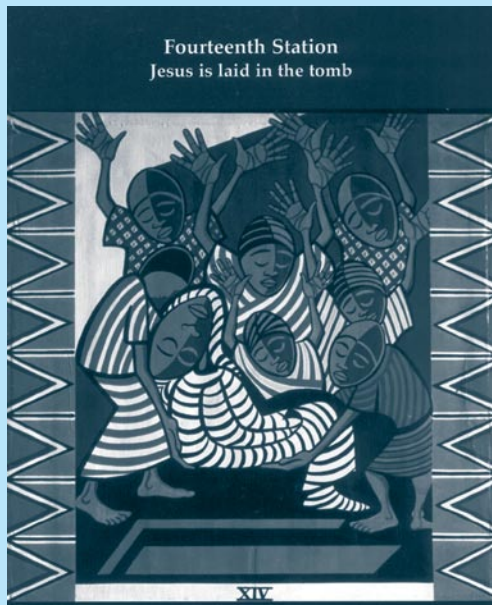
Modelos explicativos

Explicaciones y sentido son cosas de fe. Los modelos no prueban nada; son expresiones de fe esperanzada en la última bondad de Dios y por tanto de la historia.

Un primer paso fue considerar la cruz como el destino de un profeta. Eso explica por qué matan a Jesús, pero no el sentido de esa muerte.

Un paso más fue afirmar que estaba predicha en las Escrituras; más aún, que era designio de Dios. Si la cruz es designio del Dios bueno, algo de bueno se puede sacar de ella: salvación. La pregunta es cómo puede ser eso posible.

Un modelo explicativo es la cruz como sacrificio. El Nuevo Testamento dirá que el sacrificio de Jesús ha sido aceptado por Dios y por ello trae salvación. Por sacrificio de Jesús no se entiende su asesinato, que es el acto más injusto y negativo de la historia. Se entiende el ofrecimiento que Jesús hace de su vida, porque, como hemos venido insis-



tiendo, en su pasión conserva su iniciativa personal para vivir desde sí mismo su muerte. Él no muere encerrado en su fracaso sino que ofrece a su Padre su muerte como le había ofrecido toda su vida. Y quien se arroja en sus brazos es el que lleva en su corazón a su pueblo y el que perdona a sus asesinos. El Padre recibe a su Hijo fraterno.

Otro modelo es la Nueva Alianza. Como la alianza se sellaba con sangre, la cruz de Jesús pudo interpretarse como la sangre que sellaba la nueva alianza. Nuevamente estamos ante un símbolo ritual. La sangre en sí no salva. Perder la sangre hasta morir es una atrocidad de los torturadores. La sangre simboliza la vida. Cuando le están quitando la sangre, es decir la vida (pura negatividad), él entrega su vida. Cuando lo están rechazando, él mantiene la comunión. Y no sólo la mantiene sino que la consume al incluir a todos los seres humanos en la comunión con Dios en la que muere.

Los cantos del Siervo sufriente proporcionaron otro modelo: Los sufrimientos con los que carga el inocente Jesús son los que deberíamos cargar nosotros; al cargarlos voluntariamente y al ofrecerlos a Dios sustitutivamente, más aún, al cargárselos Dios vicariamente (en vez de nosotros), se convierte en causa de salvación para nosotros. Este modelo expresa bien el amor de Jesús y de Dios a la humanidad. Pero tiene dos inconvenientes: el primero es la imagen de Dios que parecería exigir un castigo por el pecado. Esta imagen no se compadece con el Padre maternal que reveló Jesús. El segundo es la sustitución. Es distinto que Jesús nos lleve en su corazón, es decir en su amor, afirmación medular del cristianismo, a que él sufra lo que nos tocaba sufrir a nosotros. Primero porque

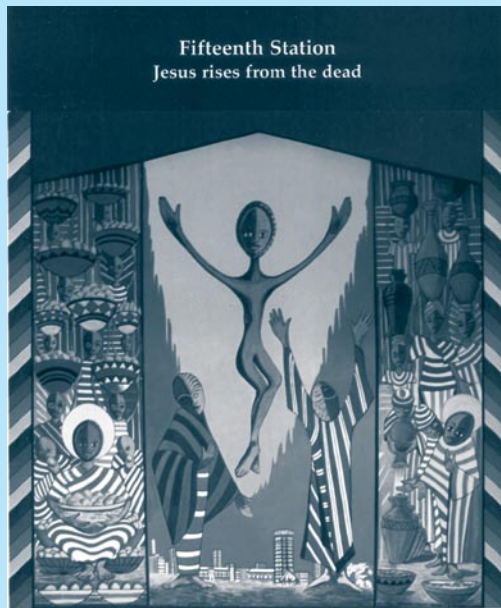
Dios no exige sufrir y segundo porque el que ama no sustituye al amado. El Padre le dejó a Jesús morir su muerte. No lo arrebató para no verlo sufrir. El amor deja que el amado viva su vida, no le ahorra las experiencias negativas.

Para Pablo la cruz puede constituirse en revelación de Dios: lo negativo se convierte en positivo porque en ella Dios estaba reconciliando al mundo consigo (2Cor 5,19). Aquí no hay explicación sino proclamación agradecida del acontecimiento.

Después de habernos referido a las explicaciones del Nuevo Testamento, vamos a aludir a la explicación de san Anselmo porque perdura en el inconsciente de no pocos cristianos y de otros que por eso se han alejado del cristianismo. El horizonte es el código de honor de la Edad Media. El orden social exige que el ofensor resarza condignamente al ofendido. Los ofensores somos los seres humanos; el ofendido, la majestad infinita de Dios. Desde nosotros, no hay modo de reparar la ofensa. Es el propio ofendido el que, por el amor infinito que nos tiene a pesar de haberlo ofendido, el que provee la solución. Ésta consiste en que envía a su Hijo a que se haga del mismo linaje de los ofensores, para que, como uno de ellos, repare por ellos y, como uno de la comunidad divina, la reparación esté a la altura de Dios. Esto fue lo que hizo Jesús en la cruz: como perteneciente al linaje humano reparó con su vida, que posee un valor infinito, a Dios y nos libró así de la condenación que merecíamos, restituyéndonos a su amistad.

Este esquema pone muy de relieve el amor de Dios que mueve todo y el de Jesús que pagó por todos. El problema de este modelo es por qué tiene Dios que someterse a ese esquema. Por qué en todo caso exige una víctima. Por qué no puede perdonar gratuitamente y rehabilitar con su amor recreador a los pecadores.

Lo que hay en el fondo de estos intentos explicativos es que la vida de Jesús ha sido grata a Dios y que esta vida se consume en la cruz. Su misericordia y fidelidad se confrontan en ella con el rechazo y el abandono, y, triunfando en ellos, se consuman. Es una constante histórica que quien intenta seriamente ejercer misericordia tiene que estar



dispuesto al sufrimiento. El pecado historizado tiene una fuerza negativa que destroza a las personas, como desordena a las instituciones y degrada a la naturaleza. Esa fuerza se ceba en Jesús y, al no lograr torcer su rumbo vital sino consumarlo, revela su impotencia, es vencida. En resumen: la encarnación en un mundo de pecado lleva a la cruz, y la cruz es por tanto la culminación de la encarnación solidaria. Pero no sólo es Jesús el que se consume en la cruz. Ella revela también el amor de Dios. Él nos prefirió a su Hijo. Así pues, la victoria de su amor sobre nuestro rechazo, fue la victoria conjunta del amor del Padre y de Jesús.

Sin embargo el que el amor de Dios se exprese como dolor y el de Jesús como oblación por nosotros implica la fuerza del rechazo que causa víctimas. Por eso la vida toma la forma de la apuesta: la prestancia del amor ¿es mayor que la del mal que mata? ¿Es un empate trágico? El amor no puede superar al mal por la fuerza porque se niega sí mismo, y al contar con la libertad del otro tiene que contar con la posibilidad de que el otro lo mate. El mal no logra pervertir al bien, pero tampoco el bien quiere anular al mal ni redimirlo en contra de él. La resurrección es prenda de nuestra esperanza, pero no anula la apuesta, porque todavía el mal sigue en la suya.

* Miembro del Consejo de Redacción

BIBLIOGRAFÍA:

Brown, La muerte del Mesías I y II EVD, Estella, 2005 y 2006;
Legasse, El proceso a Jesús I y II DDB 1995 y 1996; Sesboué,
Jesucristo, el único mediador. Secretariado Trinitario, Salamanca
1990; Sobrino, Jesucristo liberador. Trotta, 1991, 253-272, 281-
302.